





La princesa Sinnombre era pequeña y de pelo castaño. Vivía en un castillo de nubes de algodón, inventando cada día historias fantásticas. Su hermana, la princesa Otra, y su primo, el príncipe Rubio, siempre estaban a su lado en estas aventuras y la salvaban del dragón, de los malos o de quien se atreviera a intervenir en sus cuentos.

Sinnombre se alimentaba de chocolate. Daba igual que fueran figuritas de reyes o magos, cuadrados, rectángulos o círculos. La princesa amaba el chocolate. Hasta que un día, al abrir su armario especial, vio que sólo le quedaba una chocolatina en un rincón. ¿Quién ha sido? ¿Quién se ha atrevido a quitarme el chocolate? La princesa estaba muy enfadada y no paraba de gritar. Se cansó tanto yendo y viniendo por su palacio que se quedó dormida.

Al despertar, fue al armario especial de chocolatinas, lo abrió, cogió la única que quedaba, quitó el envoltorio, lo tiró a la basura y se comió el chocolate

sin decir ni pío. Al rato, le picaba todo el cuerpo, le salieron granos y se puso muy mala. Llamó al príncipe Rubio y la princesa Otra. ¡Qué malita estoy! ¡Me duele la tripa! Sinnombre no dejaba de quejarse y los príncipes se preocuparon. ¿Qué has comido?, le preguntó Rubio. Chocolatinas, respondió la doliente princesa.

Su hermana, que era más prudente, fue a la papelera, miró la etiqueta y vio que el chocolate llevaba mucho tiempo caducado. ¿Qué has hecho? Le preguntó Otra. Sinnombre, avergonzada, reconoció que había cogido la chocolatina sin mirar qué alimento era, ni su fecha de fabricación y caducidad.

Los tres se echaron a llorar al verlo enferma que se había puesto la princesa. Pero enseguida llegó el hada que cura las tripitas malas.



Le explicó lo importante que es leer las etiquetas de los alimentos para conocer cómo están hechos y cuándo los podemos consumir. Le dio un jarabe especial para tripitas malas y se fue. Enseguida desapareció el dolor.



La princesa Sinnombre no comió nunca nada más sin que su mamá, su papá, su hermana o ella misma leyeran las etiquetas. Y nunca más le dolió la tripa. Menos mal.

Así, pudo seguir jugando en su castillo de nubes de algodón a inventar historias sobre, príncipes y dragones con Otra y Rubio. Además, a partir de ese día, comió más cosas que las chocolatinas porque el hada le dijo que, para tener más imaginación e inventar historias más bonitas, es muy importante comer de todo.

